

Una autobiografía intelectual

Salomón Kalmanovitz

Estudios

Llegué a la Universidad Industrial de Santander en Bucaramanga a estudiar Ingeniería Química en 1960. Estudié algunos semestres allí y comencé a politizarme pero los sucesivos cierres que hubo en la época convencieron a mis padres de cumplir con mi aspiración de estudiar en Estados Unidos, y allá me fui en 1963. Entré a la Universidad de New Hampshire donde continué mis estudios de ingeniería durante un semestre, al tiempo que tomaba otros cursos en humanidades y ciencias sociales, para confirmar que mi vocación estaba del lado de estas.

En los Estados Unidos existe un sistema universitario que basa una de sus orientaciones fundamentales en lo que llaman artes liberales. Entienden que el estudiante es joven y no conoce su vocación, así que le prestan herramientas básicas como el estudio de las matemáticas, la biología, la historia, la tradición cultural de occidente, inglés y literatura y otro idioma, junto con la opción de tomar cursos en diferentes áreas para que encuentre lo que sea más ajustado a sus intereses, de tal modo que cada cual construye su propio sistema de estudio y aprendizaje. Esto aplica a las artes y a las ciencias sociales, pasadas las cuales se pueden hacer postgrados en derecho, economía, artes plásticas, actuación, etc., que es donde el individuo se especializa profundamente y emerge como un maniático de su profesión.

Tomé cursos de historia y sociología que conjuntamente con los de filosofía y economía me fueron creando capacidades analíticas y de síntesis, más de las últimas que de las primeras, que después me sirvieron para pensar la sociedad colombiana y su historia económica. En un curso de filosofía de la religión escribí un ensayo que el profesor me indujo a leer en clase, lo cual me comenzó a revelar que tenía alguna capacidad para la escritura. Me gradué en 1967 y me fui a hacer un postgrado en economía en el New School de Nueva York.

El New School era una escuela con una orientación social-demócrata pues en sus orígenes acogió a los emigrantes desplazados por el fascismo europeo, con una inclinación política que era bastante inusual en el contexto norteamericano. Contaba con una facultad que incluyó a Claude Levy Strauss, Adolph Lowe, en filosofía colegas fenomenólogos de Husserl como Hans Jonas y más tarde a Hannah Arendt. En mi momento estaba allí Lowe, quien había diseñado unos esquemas de reproducción, basados en los de Marx, pero que incluían unas nociones precisas de ahorro e inversión y que introducían un sector Ia que era productor de maquinaria pesada o máquinas para hacer máquinas, seguido de uno Ib que producía maquinaria ligera y el tradicional departamento II de medios de consumo. Fue a partir de este conocimiento que pude criticar en forma contundente los esquemas de reproducción de Arrubla que tanta aceptación habían logrado en el público lector de **Ensayos sobre el subdesarrollo colombiano**. Tomé cursos con Robert Heilbroner quien era un buen escritor y se hacía entender por un público amplio y creo que eso también se lo terminé aprendiendo.

Me acuerdo de haber leído febrilmente el libro de Arrubla en 1969 y haber escrito las ecuaciones de la reproducción simple y ampliada con un sector Ia que intercambiaba exportaciones por maquinaria liviana y otro Ib que elaboraba materias primas, bienes intermedios y maquinaria primitiva, de tal modo que el bloqueo arrubliano se despejaba con un nivel adecuado de exportaciones. Tenía entonces 26 años y fue esa quizás una de las pocas ideas originales que tuve y que apliqué mas adelante para debatir a fondo contra la teoría de la dependencia y del desarrollo del subdesarrollo.

El debate sobre el problema agrario y la dependencia

Llegué a trabajar con la editorial La Oveja Negra a mediados de 1970 y como profesor de cátedra en la Universidad Nacional. En 1972 me destituyeron de mi posición académica junto con otros 50 profesores, incluyendo a Antonio García. Trabajaba en el Dane desde 1971 en el Seminario de Problemas Colombianos, Seprocol, junto con Gabriel Misas, Alberto Corchuelo, Soledad Ruiz, Jorge Villegas y Camilo González Posso, bajo el mando de Bernardo García. Se mantenía allí un trabajo académico muy empírico sobre industria, historia y sociedad. A mí me correspondió organizar todas las cifras que se tenían sobre el sector agropecuario con el fin de analizar su desempeño económico, lo que terminó siendo un trabajo grande en el que duré tres años. De ahí salió el libro **El desarrollo de la agricultura en Colombia**, en un ambiente en el que el problema campesino ocupaba todas las energías de la izquierda.

Mi primer aporte a la discusión política fue un artículo que se llamó “La teoría marxista de la renta del suelo”, aparecido en 1972, aunque había circulado profusamente en forma mimeografiada desde 1970, que sirvió para la discusión sobre cuales eran las vías de desarrollo capitalista: la vía basada en la pequeña propiedad, tipo granjero norteamericano o la vía de la gran propiedad, como había ocurrido con los aristócratas terratenientes alemanes, los *junquer*, bajo una alianza con la burguesía. El trabajo que hice en el DANE estuvo organizado entonces por las variables que se derivan de la teoría marxista de la renta, de las formas de producción (arrendatarios serviles, aparceros, pequeños propietarios y arrendatarios capitalistas) y también fui influido por el libro de Lenin **El desarrollo del capitalismo en Rusia**.

Leí mucha historia agrícola, como un trabajo del historiador inglés Habakkuk¹ que hacía una comparación del desarrollo tecnológico de EEUU e Inglaterra en el siglo 19; para ver cómo en Estados Unidos había una situación virtuosa basada en un reparto democrático de la tierra, con una consecuente escasez de mano de obra, que incidió en que los salarios fueran muy altos, y que la mecanización fuera muy intensa. Por comparación con Inglaterra, en donde había un ejército de reserva grande, el cambio técnico en era más lento que en los Estados Unidos; invenciones que hacían los ingleses no se podían aplicar en Inglaterra pero si resultaban rentables y se utilizaban en los Estados Unidos. En Colombia los bajos salarios no serían un factor que presionaría el cambio tecnológico. También leí a Esther Boserup², para entender la relación entre demografía y desarrollo. Por lo demás, absorbí un trabajo neoclásico de Albert Berry³ que era su tesis doctoral que me sirvió como base con sus series estadísticas ente 1950 y 1965 y luego las conformé hasta los 70, pero descarté sus productividades marginales y las remplacé con variables más realistas. Todas estas influencias le prestaron a este

¹ American and British Technology in the Nineteenth Century, Cambridge University Press, 1967.

² Las Condiciones para el Desarrollo Agrícola. Editorial Tecnos, Madrid, 1972.

³ The Development of Colombian Agriculture, Yale University, 1973.

trabajo un carácter ecléctico, abierto, y lo salvó de ser considerado un texto dogmático, lo que le ganó aceptación dentro de muchos sectores.

Escribí un primer capítulo histórico sobre el siglo 20, en términos de los cambios más importantes que habían tenido lugar en la agricultura, en parte promovidos por los movimientos campesinos y sociales, cómo había sido el desarrollo a principios de siglo, cómo se había acelerado después de la segunda guerra mundial; en fin, de cómo estaba cambiando todo, lo cual era una demostración que iba en contra de una creencia muy extendida en ese momento, de que no había ni desarrollo ni cambio económico en el tercer mundo, que era una creencia sostenida por la Teoría de la Dependencia. Esta informaba que América Latina estaba estancada, que no tenía futuro. Encontré que era una discusión similar a la que se había dado en Rusia a principios del siglo 20, con los Narodnik (populistas) que creían que el capitalismo no podía desarrollarse en Rusia y los Bolcheviques, que sí creían y eran testigos de que si lo estaba haciendo con mucha rapidez, lo cual me resultó bastante ilustrativo.

El debate en Colombia tuvo lugar en una forma bastante ortodoxa, basada más en los clásicos del marxismo que en los textos dependentistas, aunque el trabajo de Arrubla había tenido un gran impacto y su libro alcanzó a tener unas 10 re-impresiones. Mi crítica a Arrubla apareció en mimeógrafo en 1971 y en **Ideología y Sociedad** No. 10 solo en 1975. La razón fue política: militaba en el Bloque Socialista y este consideraba a Arrubla como uno de sus pilares, así que mi crítica fue considerada interna y constructiva. Pero en una publicación del Partido Comunista de 1973 apareció un trabajo de Nicolás Buenaventura, “Polémica de historia contemporánea”, contra Arrubla que se basaba extensamente en mi trabajo, así que lo revisé y decidí publicarlo con una nota agresiva contra Nicolás. El artículo originalmente impresionó bastante pues era una crítica sólida tanto desde el punto de vista teórico como empírico y destacaba lo que estaba sucediendo en la industria, la agricultura, las exportaciones y como, en general, Colombia había vivido un desarrollo capitalista muy intenso desde la segunda posguerra. Creo que fue Jorge Orlando Melo quien dijo que esa fue una crítica eficiente porque debilitó el paradigma de la teoría de la dependencia en el país y las ciencias sociales estuvieron menos trabadas por esta orientación que después se derrumbó por doquier.

En cuanto al grupo de discusión en el DANE, fue muy productivo pero era heterogéneo y se desintegró cuando en 1974 el péndulo político nacional se fue hacia la izquierda: unos se fueron a la Universidad del Valle, y yo fui reintegrado a la Universidad Nacional, ahora como profesor de tiempo completo, en 1975. Al DANE no le interesaba tanto la investigación que no fuera estadística y nosotros estábamos haciendo trabajos que solo interpretaban los datos y es obvio que el DANE no tenía por qué hacer el análisis de la sociedad colombiana. Sin embargo, el trabajo de la agricultura estaba hecho, lo había sacado en cuatro entregas en la revista del DANE y más adelante en 1978 lo reorganicé y publiqué en forma de libro con Carlos Valencia Editor, bajo el título **El desarrollo de la agricultura en Colombia**.

En 1977 saqué un libro con la editorial del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), **Ensayos sobre el desarrollo capitalista dependiente**, que contenía la crítica a Arrubla, un balance de las teorías sobre el imperialismo en Colombia, una crítica desafortunada contra Lauchlin Currie, la cual hoy considero injusta y desenfocada, y una crítica al dirigente argentino del PST, Nahuel Moreno, que preanunciaba mi abandono de la

militancia con esa organización. Había recibido una oferta de una editorial mexicana para sacar dos pequeños libros con algunos de los ensayos, pero la militancia me obligó a otorgarle los derechos a esta editorial partidista. Me lamentaba de haber perdido mi gran oportunidad de ser publicado fuera del país, pero después tuve más oportunidades. El libro tuvo una re-impresión por la Editorial Oveja Negra en 1980 pero dejó de existir posteriormente.

La reforma académica en la Universidad Nacional

En la Universidad Nacional iniciamos una reforma académica que cambiaba una estructura curricular que era muy heterogénea, que no sabía si quería formar un economista, un abogado, un contador o un administrador de empresas, por lo que era muy profusa viéndose 9 o 10 materias por semestre. Pasamos a una estructura más sencilla y concentrada en la economía, de 5 materias por semestre, con tres vertientes teóricas; neoclásica, marxista y keynesiana. Se eliminó todo lo que fuera redundante, pero se buscó que tuviera un par de historias económicas, que tuviera algún conocimiento de las otras ciencias sociales, y que ofreciera una mejor formación matemática, pero en este último aspecto no hubo un buen desarrollo. No había inglés porque era el idioma del imperialismo.

Durante el debate de la reforma académica en Economía había un grupo de profesores que habían sido estudiantes de Currie, quien fuera el verdadero padre de la reforma académica, planteada en su librito de 1965, **La enseñanza de la economía en Colombia**, pero que no entendían bien el sentido académico de este pensador. Yo lo entendía mejor porque Currie estaba tratando de implementar lo que yo había vivido en mis estudios de artes liberales en los Estados Unidos, y era en cierta forma un producto de haber estudiado filosofía, historia, otras ciencias sociales y matemáticas, bajo una concepción abierta que incentivaba la curiosidad.

La concepción que había detrás de la reforma no era estrictamente liberal sino de izquierda, opuesta en cierta medida al libre albedrío y profesionalista, porque especializaba de una a los estudiantes en economía. Los estudiantes no tuvieron movilidad en los distintos campos del saber, (todavía no la hay) no contaron con facilidades para construir su propio derrotero, para confirmar si su verdadera vocación era la economía, no habían vasos comunicantes entre los distintos programas pues se trata de feudos celosamente defendidos. Tratamos entonces de ofrecer esas materias dentro del departamento de Economía, que no era la mejor idea. Los estudiantes, en consecuencia, no tenían que enfrentar otras disciplinas distintas, que le hicieran pensar un poco más, a través de la historia, de la ciencia política o de la filosofía o que les apoyara su capacidad de formalizar matemáticamente los problemas económicos. La reforma terminó reafirmando el profesionalismo pero destacó que inició un laboratorio para los estudios de historia y de economía colombianas que todavía logra despertar la curiosidad y el interés de la mayor parte de los estudiantes..

Los estudiantes de Economía tienen que estudiar historia económica, desarrollar su curiosidad, y estar tomando decisiones de elección de temas, pero eso no se pudo cambiar, ese esquema no funciona ni en la Universidad de los Andes que trata de replicar el modelo anglosajón y no lo logra, creo yo, porque la cultura local es todavía anti-liberal.

De “Economía y nación” a “El desarrollo tardío del capitalismo”

La pretensión de hacer una historia económica del país la habían emprendido varios intelectuales a finales de los años 60; hubo un esfuerzo por Mario Arrubla y Estanislao Zuleta, de cuyos borradores surgió la que escribió Álvaro Tirado, **Introducción a la historia económica de Colombia**, pero ellos mismos no la emprendieron. Yo era vecino de Jorge Orlando Melo en 1970, había entrado a trabajar en la Editorial Oveja Negra con su hermano Moisés Melo y él me cedió su apartamento en la Candelaria. Con Jorge Orlando conversamos muchas veces y con base en las pocas lecturas que había hecho sobre la historia, elaboré unas hipótesis de trabajo sobre la Colonia, se las mostré y él me hizo muchas correcciones, me facilitó bibliografía y a partir de ese esquema empecé a trabajar lentamente sobre el régimen agrario durante la colonia. Era algo que hacía simultáneamente con lo que estaba desarrollando en el DANE sobre el desarrollo agrícola contemporáneo, así que contaba con un punto de llegada y fui llenando lentamente los vacíos que me faltaban, en el proceso de elaborar una historia agraria de Colombia.

Economía y Nación me tomó 15 años de trabajo pues su fecha de publicación es 1985. De alguna manera, todo lo que hice en este período lo trate de relacionar con este proyecto y me ocupó muchos fines de semana o aprovechaba los cierres frecuentes de la Universidad Nacional para adelantarlos. El régimen agrario durante la colonia lo publiqué en 1973, también en **Ideología y Sociedad**, creo que fue la No. 13 que también traía un ensayo de Jorge Orlando Melo y que marcó un record para una revista de ciencias sociales, pues se tiraron 5000 ejemplares y se vendieron todos. Mario Arrubla, obrando con una gran generosidad para quien lo había criticado, me pidió un artículo para **Colombia Hoy** en 1977, en el que pude elaborar con más cuidado la evolución agraria durante el siglo XX. Ese libro también se convirtió en uno de los más vendidos en el tema de las ciencias sociales en el país. Jaime Jaramillo Uribe me invitó a que hiciera lo del régimen agrario durante el siglo XIX para el **Manual de Historia de Colombia**, que acabó colándome entre los mejores historiadores colombianos. Me quedaban vacíos como el de la independencia de España o el período de 1900 a 1925, los que terminé en los ochenta en el Cinep, apoyado por una media beca de Colciencias. En la Universidad Nacional no había herramientas para investigar, pero en el Cinep pude conseguir algunos recursos que me faltaban para completar **Economía y nación** y además estuve otros cuatro años redactándolo.

Cuando me aproximaba al final de la redacción me di cuenta que tenía más que una historia agraria de Colombia y que incluyéndole el desarrollo de la artesanía, el desarrollo industrial y el de la minería tenía una historia económica de Colombia. En el subtítulo puse “una breve historia de Colombia” que algunos celebraban como un chiste en un libro que tenía más de 500 páginas, pero que intentaba decir que estaba basado en fuente secundarias, excepto con el período del siglo XX y que era una síntesis de historia.

En 1979 y 1980 fui invitado a la Universidad de Sussex en Inglaterra y allí pude refinar mis críticas a la teoría de la dependencia. Pude generalizar el debate sobre la crítica de la teoría de la dependencia pero con su mayor exponente, André Gunder Frank; también había leído sobre las ideas de la protección en la escuela histórica alemana y en Friedrich List, leí la crítica de Marx a List, y pude elaborar con mayor cuidado los esquemas de reproducción ampliados que ya tenía listos en 1970. En 1983 lo publicó

Siglo Veintiuno Editores como **El desarrollo tardío del capitalismo**, en un sentido diferente al que tenía un autor trotskista, Ernest Mandel, para quien el capitalismo tardío era el contemporáneo, en decadencia. Para mí significaba simplemente el haber llegado tarde al desarrollo capitalista. En este trabajo no hay una visión nueva, sino una sistematización de todo lo que había pensado sobre los debates del desarrollo capitalista, el desarrollo agrícola y la historia económica; sobre cuando podría haber crisis del desarrollo o si esas crisis eran permanentes o cíclicas.

Mientras el debate teórico se mantuvo muy cercano a la política se generó una audiencia de miles de jóvenes que se tornaron en ávidos lectores e intelectuales en los años 70, dentro de una polarización muy fuerte. En la medida en que fui dando más argumentos teóricos, filosóficos y haciendo más compleja la presentación con la formalización matemática de los esquemas, que no iba más allá del álgebra, fui perdiendo audiencia. Experimenté lo que llaman “la soledad del corredor de larga distancia”, cuando no hay espectadores a la redonda. Al libro se le hicieron algunas críticas en América Latina, pero a nivel interno hubo pocas reacciones, porque el sistema académico y el nivel de debate eran simples, estaban ideologizados, politizados y ya en un terreno de mayor complejidad teórica entonces no existían interlocutores para el debate. Recordaba que cuando saqué la crítica a Mario Arrubla cayó como una bomba, explotó en medio del debate ideológico, y la gente decía esto está como muy completo, coherente y se lo devoraba. Pero cuando hice toda la elaboración más detallada y más analítica, ahí se acabó la posibilidad de avanzar el debate público.

Tuve la experiencia que en Europa estaba muy en boga la teoría de la dependencia y también me sentí muy aislado, por este grupo muy vocal que se creía dotado de la verdad sobre el subdesarrollo del tercer mundo. Pero encontré una gente interesante en Inglaterra que tenían posiciones similares, como Bill Warren, algunos otros de la revista **New Left Review** que no compraban la teoría de la dependencia por lo simple que era, también porque era poco marxista, y nos entendimos bien en el debate, pero ellos eran una minoría.

No hemos podido desarrollar muchos grupos de debate en la vida académica colombiana, aunque son muy posibles en la Universidad Nacional, donde los profesores tienen pocas opciones de trascendencia y hacen estudios en los propios postgrados de la Universidad, como fuera el grupo de matemáticos y físicos que se congregó en la maestría de filosofía en los años ochenta (Mockus, Charum, Chaparro, Granés). En 1987 armamos un grupo con Fernando Tenjo con el que estudiamos autores postkeynesianos como Hyman Minsky, Alfred Eichner, Paul Davidson y Victoria Chick, entre otros. Ese grupo de debates sirvió para introducirme más en temas de monetaria y macroeconomía, quizás me preparó un poco para entrar al Banco de la República, pero de ahí no salió tampoco un trabajo grande e importante (un ensayo con Fernando Tenjo sobre la crisis financiera de 1985 en una perspectiva mynskiana). El seminario, sin embargo, fue fundamental para el grupo de estudiantes de la maestría que participó en él (como Jorge Armando Rodríguez y Mario Aranguren)

El libro de **Historia de Colombia Grado 9** lo hice con Sylvia Duzán en 1986 y fue una propuesta que me hiciera Samuel Díaz, en ese entonces de Editorial El Cid, para llevar al bachillerato una versión simplificada de **Economía y nación**. Los historiadores tendían a sacarle el cuerpo a la aplicación elemental de sus trabajos y yo le entendí como un desafío muy interesante y además rentable. Al día de hoy no conozco su

impacto y sus resultados pedagógicos. Me he encontrado con gente joven que me dicen que los ayudó mucho a entender al país. Pero no estoy seguro de si fue muy complejo para los maestros, y nunca hice la experiencia de tener un grupo de jóvenes de 14 años que lo estudiara para recibir su retroalimentación. Eventualmente el ministerio cambió el programa de ciencias sociales en bachillerato y lo dividió por etapas históricas, así que el texto fue desmembrado por grados y quedó hecho un “masacote”. Es un proyecto que me queda por hacer, Una introducción a la historia económica de Colombia, re-interpretada desde un enfoque institucional pero que tenga un ámbito amplio de circulación, incluyendo estudiantes de bachillerato.

Cuando apareció el texto escolar generó una intensa controversia. La Academia de Historia dictaminó que no debía ser utilizado en los colegios, según una vieja atribución que tenía de velar por los contenidos de los textos de historia en todo el sistema educativo. **El Siglo** editorializó, en el sentido que una persona con sangre judía, apátrida en su esencia, no podía escribir la historia patria de Colombia. Yo repliqué que no había escrito una historia para exaltar a los mártires y dirigentes patrióticos sino una historia económica. Lo cierto es que la publicidad propulsó las ventas del texto y lo conocieron más maestros quienes lo escogieron como texto para sus cursos. También escribí un par de ensayos sobre la nueva y la vieja historia que aparecieron en Lectura Dominicales de **El Espectador** donde hacía el balance historiográfico de la academia y el de los profesores universitarios.

La Encrucijada de la Sin Razón apareció en 1989 y recopilaba artículos periodísticos, publicados en revistas literarias, sobre temas más coyunturales. El libro está dividido en tres partes: una sobre violencia, otra sobre historia y uno que nombré como esotería, temas vedados a los especialistas. Hacía unas reflexiones sobre la economía de la violencia, que hoy me parecen exageradas, sugiriendo que la política económica causaba violencia, dejando de entender que la violencia era un proceso mucho más político, el cual poco tiene que ver con medidas económicas, y más porque la oposición armada surge cuando las formas de oposición legal están cerradas. La violencia de los cincuentas era del gobierno conservador excluyendo a los liberales del poder y el M-19 se forma porque sintió que le tumbaron las elecciones. La violencia no surgió precisamente por las políticas del gobierno en torno a salarios, no por la política económica, sino por el hecho de que la oposición no pudiera hacer política porque los mataban o les hacían trampa.

Tenía un entusiasmo de muy atrás por el cantante Bob Dylan quien fuera el profeta de los 60, cuando fue muy político. Él tenía una visión desolada del modo de vida norteamericano y expresó el rechazo de su juventud a ir a pelear y morir en Vietnam. Dylan comenzó dentro de una corriente neo-folclórica pero se pasó al rock. Los del Magazín Dominical de **El Espectador** me habían pedido un artículo sobre el tema, así que me puse a escuchar mi discografía y escribí un artículo sobre el rock colombiano y sus problemas. Eso también surgió de mi relación con Sylvia Duzán, que era una rockera entusiasta, lo que me revitalizó pues empecé a desarrollar cosas por fuera de la economía, como escribir de música o hacer textos para jóvenes de 14 años.

También escribí algo sobre Antonio García en que lo relacionaba con los organicistas alemanes, List y Schmoller quienes le dieron bases teóricas al proteccionismo. Un amigo psiquiatra, Simón Brainsky, me invitó a la sociedad de psicoanálisis para que disertara sobre Keynes y sus supuestos psicológicos, encontrando que en el círculo de

Blumsbery John Strachey estaba traduciendo las obras completas de Sigmund Freud, los manuscritos eran leídos por Keynes y hay varias de sus categorías que acogió, desligándose de la psicología hedonista que dominaba la profesión en ese entonces.

Sobre la escritura

Siempre tuve mucho problema para hablar, hacía largas pausas, profería silencios; de ahí creo que me nace la necesidad de escribir, de expresarme y también de perfeccionar el lenguaje. Siempre me pareció que la profesión de educador era muy agradecida pues los estudiantes lo guardan a uno como una figura importante en sus vidas. Y trato de que ellos también escriban y lean mucho. Una de las razones por las cuales he podido tener una buena carrera es quizás la habilidad de poderme expresar claramente y hasta con cierto ritmo que facilita la lectura. A veces creo que esa comunicación es una neurosis que establece vínculos con los que tienen un problema similar.

Tuve conciencia de esa habilidad de escribir cuando llegué a Colombia, aunque tenía problemas. Una vez Mario Arrubla me dijo “Usted estructura sus frases con la gramática inglesa, y me señaló varios errores sistemáticos que hacía”. Entonces me pregunté: ¿cómo escribo yo? ¿cómo me ven los demás? Comencé a tratar de absorber la literatura española, me leí el Quijote, viendo como era la estructura de las frases, mucho más largas que en la literatura anglosajona, aunque me quedé con el estilo directo. Aprendí mucho del periodismo radical que hice en Estados Unidos y después acá. Para que a uno lo lean, la primera frase es fundamental, contundente, y es necesario hacer algo similar con el ensayo: lo que voy a plantear lo hago muy escuetamente y de forma atractiva y le digo al lector que siga que está muy bueno.

Inconscientemente la lectura enriquece el vocabulario, da un ritmo y solamente se puede conectar el ritmo a la redacción cuando ya se ha redactado mucho, cuando se está en la tercera o cuarta versión, aunque a veces no se puede porque hay que presentar cifras; en la cuarta redacción el trabajo adquiere una cadencia, se puede introducir una catarsis, un desenlace; hay herramientas de la literatura que después de escribir tanto se hacen más accesibles.

Para los estudiantes es importante leer y escribir mucho, no existen atajos; todo lo que se lea es bueno. Leer literatura desarrolla al individuo, le presta un vocabulario sin darse cuenta, le da unas herramientas. En cuanto a los maestros que le hagan mucha exigencia de lectura y escritura a los estudiantes. Un muchacho que pase cuatro años por una universidad y nunca haya escrito un ensayo es un fracaso del sistema, un profesional que entra a la burocracia y resulta que en ella se comunica por escrito y él no sabe como hacerlo.

Hacia el nuevo institucionalismo

Antes de llegar al Banco entre 1990 y 1993 no hay nada: está el duelo prolongado por Sylvia, una fase de limbo, en la que no sabía si quedarme en el país o irme; finalmente acepté ser decano de la Facultad, y ésta me dio un aire distinto, de impulsar el desarrollo administrativo de Ciencias Económicas. En esta época sólo trabajé algunos artículos sobre narcotráfico, o sea que no hay un trabajo destacable.

Entré al banco en 1993 y vivía muy tenso con la enorme responsabilidad constitucional de reducir el nivel de inflación y de buscar la estabilidad macro-económica y eso me conservatizó bastante, fuera de que habían economistas neoclásicos muy buenos trabajando en investigaciones económicas o eran codirectores, lo que me desafió a fondo. Ello me permitió distinguir la teoría que tenía aplicación y la que era especulativa. Descarté entonces a varios de los postkeynesianos, excepto Minsky, que siguió siendo relevante.

Me siento muy privilegiado, pues si no hubiera entrado al Banco no hubiera dado este viraje, de ser muy exigido para hacer una buena política monetaria y cambiaría, tomar decisiones sobre la base de documentos técnicos bien elaborados, de conocer investigadores que han pasado por doctorados muy exigentes, que les desarrollan muchísimo sus habilidades analíticas, matemáticas y estadísticas o de ingeniería y teoría financiera. Antes me confortaba dentro de la arrogancia izquierdista diciendo que eran neoclásicos y neoliberales equivocados, que no servían de mucho, pero llegué a entender que el Banco Central hace muchas cosas que son complejas. Estos profesionales hacen trabajos que tienen que ver con la realidad, tienen que hacer operaciones económicas y financieras, tienen que calcular las expectativas de los mercados, que si las hacen mal se pierde mucha plata y lo cierto es que no fallan la mayor parte de las veces.

En 1995 alguien me envió desde Cúcuta una revista venezolana en la que aparecía un artículo de Douglass North sobre el atraso latinoamericano que captó mi atención. La lectura de North me llevó a encontrar un nuevo equilibrio ideológico: podía mantener lo que había hecho y darle una nueva dirección, dejar atrás los planteamientos marxistas pero insistiendo en mis antiguos temas liberales, como reforma agraria, tributación, democracia y representación. Fue una revelación ya que me llevó a absorber lo que se había hecho en las ciencias sociales en los últimos 20 años. La teoría de juegos había formalizado situaciones que no requerían de los supuestos de la competencia, al incluir agentes que tenían comportamientos estratégicos y enfrentaban a otros agentes con sus propios designios; había además quejas sobre los supuestos del agente racional que después amplí leyendo el trabajo de Jon Elster. Y había surgido una teoría de la información imperfecta, temas como los de agente-principal, acción colectiva y el problema del oportunista. Los viejos institucionalistas plantearon que la conducta de las personas surge de las costumbres y los hábitos, y no de su racionalidad individual, lo cual fue recogido por North para impulsar el nuevo institucionalismo. Haber insistido en Marx y estar en un país con poco desarrollo científico me había cerrado los ojos a estas novedades importantes en las ciencias sociales.

Se habían modificado profundamente los paradigmas de las ciencias sociales y había retomado importancia la teoría darwinista sobre ellas, algo que no tuvo muy en cuenta la teoría neoclásica, pero que resurgió con fuerza con el neo-institucionalismo. Los comportamientos de los agentes replican de alguna manera la defensa de sus territorios y de sus crías, pero además está el comportamiento estratégico que puede llegar a ser oportunista. Eso genera equilibrios inestables entre los agentes y que algunos renieguen de sus compromisos, lo que es extremadamente útil para pensar el desarrollo económico del Tercer Mundo. Ha surgido pues un nuevo institucionalismo con la teoría de la información imperfecta, con la teoría de los contratos, la teoría de los costos de transacción y la integración de la economía con el derecho y con otras ciencias sociales.

El libro **Las Instituciones y el Desarrollo Económico en Colombia** es muy apretado. Los primeros dos ensayos fueron unas conferencias que dicté en la Universidad Nacional, reflexiones hechas sobre la teoría y su concepción de la historia, al margen de las labores de banquero central. Tengo que aclarar que las facilidades en el Banco para un investigador son muy generosas pues existe el acceso a la biblioteca y a las revistas especializadas; además, hay buenos grupos de discusión, que están avanzando en direcciones que mejoran el trabajo que uno esté elaborando. El banco me facilitó absorber esta nueva bibliografía institucional, que apliqué, entre otras, para enfrentar el desafío a su independencia que representó la primera corte constitucional y reflexionar sobre el sistema legal y su efecto sobre el comportamiento económico. Pero también elaboré nuevo trabajo sobre las instituciones en la historia colombiana, sobre la ausencia de liberalismo en esa historia, sobre la economía política de la fiscalidad y no faltó un análisis del programa económico de las FARC que fuera escrito antes de que se iniciaran las conversaciones de paz con la administración Pastrana y que conserva su frescura al día de hoy.

El libro **Ensayos sobre Banca Central en Colombia** publicado en octubre de 2003 continúa el camino abierto por el libro anterior sobre las instituciones. Hay más aplicaciones a temas como la independencia del Banco, que está muy influido por el artículo de Douglass North y Barry Weingast sobre Constituciones y compromisos.⁴ La independencia de la Justicia, y la del banco central, junto con la inmunidad del Congreso de la República, son los pilares de las instituciones democrático liberales. Esa separación de poderes no era evidente en la carta de 1886 pero si se introdujo en la de 1991. El ejecutivo resultó debilitado pero todavía es notorio el poder de la Presidencia en la tradición centralista colombiana y en la práctica política. Aunque está limitado y no puede abusar ni de la emisión monetaria ni del crédito público, hay frecuentes incursiones de algunos congresistas y del mismo presidente hasta en los instrumentos del BANCO DE LA REPUBLICA. La constitución fortaleció mucho a la Corte Constitucional y esta ha limitado seriamente la independencia del banco central colombiano, interviniéndolo en los detalles de la regulación del crédito hipotecario, con un desconocimiento abismal del mercado financiero al que han atrofiado bastante.

El Banco entendido como una parte de la estructura política primigenia liberal que también es distinto a como se asume el debate entre los economistas actualmente, que creen que es un problema intertemporal o que la inflación es solo monetaria; pero es más que eso, hay mucha economía política de por medio: las hiperinflaciones latinoamericanas han sido resultado del financiamiento de los déficit fiscal y del gasto público desbordado. En la colección tengo un artículo sobre el Banco Nacional entre 1880 a 1900 que fue un banco muy abusivo, muy opuesto a su sentido democrático liberal, que es ser banco de bancos, responder frente a una crisis financiera, (ser prestamista de última instancia) o proveer una liquidez adecuada a la economía. El invento de Caro fue para financiar al gobierno y sus guerras contra los liberales, a costa de los intereses de la sociedad. Allí también hay un ensayo escrito junto con Mauricio Avella sobre el BANCO DE LA REPUBLICA desde su fundación y que cubre la otra

⁴ North, Douglass, Barry Weingast (1996). "Constitutions and Commitment: the Evolution of Institutions Governing Public Choice in Seventeenth Century England", en Lee J. Alston, Thráinn Eggertsson, Douglass C. North, **Empirical Studies in Institutional Change**, Cambridge University Press, Cambridge.

gran reforma financiera conservadora de 1951 que reprimió de nuevo al mercado financiero e impidió la conformación de mercados de capital profundos, al obligar al Emisor a prestarle directamente y con tasas subsidiadas a ciertos grupos y empresas con influencia política. North dice algo interesante al respecto: lo que diferencia a un país desarrollado de otro atrasado es la incapacidad del segundo por desarrollar y regular adecuadamente mercados complejos, como el financiero. Pero aquí hay campañas conservadora-socialistas para maniatar al sector financiero, para que los deudores no paguen y al tiempo acusan a los banqueros de usureros y están listos a pasarlos a los tribunales de la nueva inquisición.

Reflexiones

A veces la gente me pregunta por qué he cambiado tanto y me acusan de mostrar una evolución incoherente del marxismo al liberalismo y al nuevo institucionalismo. Hay ciertos temas en los que he mantenido una posición consistente en más de 30 años de vida pública sobre la propiedad agraria en el país, sobre el sistema tributario, y mantengo la voluntad de adelantar la democracia: antes era hacerlo de manera revolucionaria y despótica y ahora es lograrlo en forma consensuada. Sigo pensando que la democracia que tenemos es limitada, muy precaria, basada en un sistema de grandes apropiaciones individuales de tierras públicas que fueron injustas e ineficientes, y que se refleja en un sistema fiscal pequeño, mezquino, donde la política continúa montada sobre el clientelismo. Esas ideas que antes estaban en un esquema radical continúan, pero dentro de una estructura más liberal. Entonces, me encuentro tratando de construir una política sobre las bases del esquema democrático, que implica una tributación más alta e igualdad de oportunidades.

En la Universidad Nacional tuve un encuentro con Antanas Mockus en 1987, cuando él era vicerrector académico y me integró a un Comité Asesor, un grupo de trabajo en donde participaban, entre otros, Rubén Jaramillo, José Granés, Guillermo Páramo y José Luis Villaveces. Las discusiones fueron sobre la relación universidad y mercado, universidad y sociedad. Habíamos tenido la experiencia en la Facultad, con la decanatura de Juan José Echavarría y el montaje del Centro de Investigaciones para el Desarrollo, de la que se derivaba que había que tener una relación con el mercado, porque el mercado expresaba mal que bien necesidades sociales. Los centros de investigación, las consultorías, los cursos de educación continuada, los postgrados eran servicios a la comunidad que le reportaban ingresos a las facultades. Eso era muy mal visto en la Universidad donde el auto-financiamiento era acusado de neoliberal y se afirmaba que había que luchar hasta la muerte por el presupuesto público. Se comenzó a cuestionar entonces esa visión de ver el mercado como una perversión y a la universidad aislada de la sociedad. Más bien era una relación malsana con la sociedad que pagaba los impuestos que nos sostenían, pero nos rehusábamos a retornarle servicios tecnológicos y científicos. ¿Que tal que el mercado emitiera buenas señales? Y daba el ejemplo de los grupos de feministas que hacían publicaciones, conferencias y seminarios, cobraban y se les inscribían muchas mujeres. Concluía que había un mercado por unas ideologías feministas que era progresivo socialmente, por contribuir a la igualdad de oportunidades. ¿Por qué se dice que el mercado es siempre malo? Se trataba de una equivocación elemental.

Las reformas con Antanas de rector se orientaron a fortalecer la universidad con base en sus propios ingresos, ya fuera investigación o consultoría, de que los estudiantes de

clase media pagaran matrículas acordes con sus rentas; al contrario de lo que predecían los radicales, el gobierno le entregó más plata a la institución cuando entendió que ella complementaba el presupuesto público de manera importante y le prestaba más servicios útiles a la sociedad. Era también un debilitamiento del centralismo que caracteriza a la UN para entregarle más iniciativas a las facultades y departamentos. Hubo a partir de entonces un florecimiento, por lo menos presupuestal, de la Universidad Nacional que pudo dotarse de equipos, revivir sus bibliotecas, mientras que el gobierno financió la construcción de nuevos edificios. Fue notable que las reformas mencionadas fueran auto-sostenibles, en el sentido que administraciones de izquierda que vinieron después entendieron que su fortaleza y aceptación dependían de seguir impulsando el auto-financiamiento y el servicio a las comunidades.

Cuando Antanas Mockus llegó a la Alcaldía tenía en su equipo a varios del grupo asesor y puso a Fabio Chaparro, un profesor de física de la UN, a cargo de la empresa de energía. Él fue una de las personas con quien compartí las lecturas de Douglass North, que creo le ayudaron a pensar un esquema original de capitalización de esa empresa, que le reportó a Bogotá una nueva capacidad de inversión equivalente a US\$2.500 millones. Pero a diferencia de las privatizaciones a ultranza, la mitad de la empresa es todavía del distrito lo cual le da una renta anual de US\$150 millones, el activo se valorizó y es hoy una empresa muy eficiente y rentable que incluso puede ser utilizada como garantía para el endeudamiento del distrito. Chaparro murió lastimosamente en un accidente de aviación.

Lo que se hizo en la Alcaldía estuvo orientado en algunas ocasiones por la visión institucional, otras por la idea de capital social o por la teoría de las emociones de Jon Elster. Antanas planteó la búsqueda de una Bogotá eficiente, de reducir los costos de transacción de las empresas y del comercio; además, había que buscarle soluciones propias al problema del transporte, ya que la ciudad estaba atascada. Antanas es una persona que comprende la utilidad de la teoría y de la filosofía y logró una integración interesante entre ellas y la práctica. El tema de la seguridad y el de la resistencia civil los pensó muy cuidadosamente con resultados alentadores. Hay un rigor grande en él para pensar teóricamente un problema, plantear los pasos que hay que avanzar en su solución e ir obteniendo resultados. Es un político que se plantea el largo plazo, no se deja seducir por las encuestas y entiende que la sociedad colombiana requiere de un gobierno robusto financieramente, y que este se basa sobre una tributación suficiente y progresiva que tiene que romper con las normas oportunistas que gobiernan la conducta de muchos ciudadanos y de la mayor parte de los políticos.

Ha sido, en fin, una época de mucho cambio la que he vivido. Me alegro de haber tenido la oportunidad de cambiar e involucrarme en este universo del banco central, que es mucho más grande y complejo del que se percibe desde la academia colombiana. He intentado diseminarlo, hacerlo conocer con mis publicaciones y también dictando clases en la Universidad Nacional y en la Universidad de los Andes.

En el propio Banco hay una absorción del estado actual de la teoría monetaria y ya es muy tarde como para que yo apropie todo el aparato técnico, para estar a la par con los profesionales del Banco que son muy proficientes en la formalización matemática y en los temas econométricos. Pero tengo detrás de mí una combinación de teorías y escuelas, de conocimiento histórico que me prestan una capacidad de análisis y de

sentido común de la que a veces carecen los economistas muy especializados que a veces rayan en la ingenuidad.

Está en el horno un proyecto apoyado por Enrique López de escribir **La agricultura colombiana en el siglo XX**. Hacemos un análisis sistemático del desarrollo económico del campo colombiano apoyado por una teoría de las instituciones y la teoría del crecimiento endógeno. El libro del Desarrollo de la Agricultura dejó de ser re-editado porque llegaba hasta el año 75, aunque en algún momento hice una revisión y expandí las series estadísticas, pero no queda mucho de él. Digamos que estamos tratando de revivirlo, remozarlo, desmenuzarlo, de hacerlo de forma muy distinta a como lo hice yo originalmente, con unas teorías más complejas y con métodos estadísticos más sofisticados. Este libro lo planeamos terminar en el año 2004. Cuando salga del banco en enero del 2005 trataré de avanzar en rehacer el texto de historia económica para el bachillerato que escribiera con Sylvia para que compita, por fin, contra el libro de Álvaro Tirado Mejía. Pareciera que estoy en una lucha permanente por resucitar mis libros muertos.

OBRA DE SALOMÓN KALMANOVITZ

- **Ensayos sobre el desarrollo capitalista dependiente.** Editorial Pluma, 1977
- **El desarrollo de la agricultura en Colombia.** Carlos Valencia Editor, 1978.
- **El desarrollo tardío del capitalismo.** Siglo Veintiuno Editores, 1983.
- **Economía y Nación. Una breve historia de Colombia.** Siglo Veintiuno Editores 1985.
- **Historia de Colombia noveno grado.** Editorial El Cid, 1986. Con Sylvia Duzán.
- **La encrucijada de la Sin Razón y otros ensayos.** Tercer Mundo Editores, 1989.
- **Las instituciones y el desarrollo económico en Colombia.** Editorial Norma, Cali, 2001.
- **Ensayos sobre banca central en Colombia. Comportamiento, independencia e historia.** Editorial Norma, Cali (2003).

ALGUNOS ARTICULOS

- Teoría de la reproducción dependiente. En: **Cuadernos de Economía**, Facultad de Ciencias Económicas Universidad Nacional, No. 1, 1979.
- Tendencia de los consumos de alimentos en Colombia. En: **Cuadernos de Economía**, Facultad de Ciencias Económicas Universidad Nacional, No. 2, 1980.
- Los orígenes de la industrialización en Colombia (1890-1929). En: **Cuadernos de Economía**, Facultad de Ciencias Económicas Universidad Nacional, No. 5, 1983

- Una nota sobre “La transformación correcta” con Muñoz, A. En: **Cuadernos de Economía**, Facultad de Ciencias Económicas Universidad Nacional, No. 9, 1986.
- Colombia: La industrialización a medias. En: **Cuadernos de Economía**, Facultad de Ciencias Económicas Universidad Nacional, No. 12, 1988.
- Macroeconomía y gasto público en economías de desarrollo intermedio. En: **Cuadernos de Economía**, Facultad de Ciencias Económicas Universidad Nacional, No. 15, 1991.
- Los flujos de capital y el Estado en Colombia. En: **Cuadernos de Economía**, Facultad de Ciencias Económicas Universidad Nacional, No. 21, 1994.
- Realidades de la independencia del Banco de la República. En: **Cuadernos de Economía**, Facultad de Ciencias Económicas Universidad Nacional, No. 27, 1997.
- El debate debe continuar: Bejarano y la enseñanza de la economía. **Cuadernos de Economía**, No. 31, Universidad Nacional, Bogotá, 1999.
- Las instituciones colombianas en el siglo XX. Edición como librito acompañante de la revista Cambio, Enero de 2000. Publicado en el **International Journal of Politics, Society and Culture**, Septiembre de 2000.